

tiempos soplan por aquí. Es necesaria una formación apta en los jóvenes y reestructuración para los carentes de este estilo. Es un acto de fe en el hombre y en la gracia. Dios nos da ejemplo de ello. Tenemos que coger la antorcha que depositan en nuestras manos personajes de fe gigante en el hombre y en la gracia. Así el Cardinal Bea: "El amor a la verdad, sin la caridad, se convierte en intolerante y repele. La caridad sin la verdad es ciega y no puede durar".

Juan XXIII en la *Pacem in Terris*: "Siempre se ha de distinguir entre el que yerra y el error, aunque se trata de hombres que no conocen la verdad o la conocen sólo a medias, ya en el orden religioso, ya en el orden de la moral práctica; puesto que el que yerra no por eso está desposeído de su condición de hombre ni ha perdido su dignidad de persona y merece siempre la

consideración que se deriva de este hecho". "Entre los derechos del hombre hay que reconocer también el que tiene de honrar a Dios según el dictamen de su recta conciencia y profesar la religión privada y públicamente".

La actitud de Pablo VI nos es bien conocida: amor a la comunicación y esclarecimiento de ideas. Con fe en la gracia y en el hombre peregrina a Tierra Santa. Fue a rezar, lo sabemos, pero yo también creo que fue a dar un voto de confianza en los hombres que rigen a las Iglesias Ortodoxas Orientales. Confía en ellos, reconoce sus tesoros de doctrina apreciables. Una vez más se trata de llegar a tiempo. El quehacer es ingente. Con un diálogo sincero podemos conseguir muchísimo. Tal vez más de lo que nos habíamos propuesto.

Deseo a *Cuadernos para el Diálogo* vida larga y línea ascensional.

## CHRISTUS

octubre 1963, núm. 40

*"La conversion du missionnaire"*

por Michel de Certeau.

La partida del misionero es todo un símbolo. Cuando la orilla agitada de adioses se pierde en el horizonte, el misionero comprende que una aventura ha comenzado. En avión o en barco, por unas horas o por unos días siente que, a pesar de todas las seguridades y a pesar de la banalidad de estos viajes hoy ordinarios, navega sobre algo inseguro y bamboleante. Dejar el suelo firme de lo conocido, de lo habitual y adquirido produce siempre un ligero mareo.

Bartolomé Meliá, S. J.

Esta experiencia que todo misionero ha hecho, tal vez haya revestido para él unos tonos heroico-poéticos, de los que él es el primero en reírse con indulgente ironía, si no ahora, después. Sin embargo, esta partida divide una vida, marca una ruptura, es el principio de una peregrinación, a la que es bueno que el misionero dedique una reflexión espiritual.

Pero se llamaría a engaño el que considerara esta situación como privativa del misionero de «lejanas tierras». También el que no es misionero está interesado en ella. El estado de misión es coextensivo a toda la Iglesia. En el

interior de nosotros mismos debemos todos «partir a misión». De este deber el misionero es como la cristalización visible, la figura concreta. Su «conversión» ilustra en un caso típico una actitud esencialmente cristiana: la salida del hombre de sí por el reconocimiento de los otros y del gran Otro, Dios. En el camino de retorno a Dios nos encontramos todos, laicos y misioneros.

El artículo de MICHEL DE CERTEAU, que hoy nos invita al diálogo, suscita y encauza esta reflexión, que sobre todo en un punto que nos ha llamado la atención, intentamos prolongar.

*«El misionero no es del todo ni del país de donde viene, ni del país a donde va».* En esta frase vemos expresada una situación real, que constituye la aventura y el drama, el dolor y la grandeza del misionero.

*«No es del todo del país a donde va».* Esto el misionero no puede olvidarlo si no quiere caer en ilusiones fáciles y engaños paralizantes. El misionero ha vestido su sotana blanca, va leyendo y oyendo cosas sobre el país, adopta sus costumbres (incluso las referentes a la comida, las más difíciles), aprende la lengua vernácula, toma la nacionalidad de su nueva patria; pues bien, aún entonces sigue siendo extranjero, y lo que es peor, es considerado como tal. ¿Ingratitud? ¿Envidia? ¿Desconocimiento? ¿Xenofobia? En muchos casos, nada de esto. Tal vez el misionero había creído que la adaptación consiste solamente en revestir una costumbre y hacer unos gestos determinados.

Primera tentación, pues, la de sentirse incomprendido y alejado. Ahora bien, esta tentación es saludable si logramos superarla. Es en este momento en el que se sitúa la conversión del misionero.

Los pasos que hay que dar se sitúan en el orden de la comprensión. El que venía a dar lecciones (a veces la misma adaptación se puede convertir en un disfraz de la lección que queremos dar) aprende la lección de este pueblo. El

misionero que viene a enseñar la única Verdad, tiene que aprender las verdades de aquel país, las que llegan en el matiz de una canción, en una expresión del lenguaje, en un gesto de hospitalidad o resignación. Todo pueblo tiene un alma. Y no es lícito querer apoderarse de esta alma, ya sea con mañas, ya sea por la fuerza. Sólo la humildad no fingida y respetuosa puede llamar a la puerta de esta alma.

Poco a poco el misionero comprende que tiene la Verdad, pero no siempre tiene la razón. La Verdad no da derechos humanos de conquista. El ha venido a dar, pero ahora el gesto con que da, es a la vez un gesto de suplicante.

Su conversión no sólo consiste en la comprensión de los otros, lleva también a la comprensión de sí mismo y de su misión.

«Vosotros me habéis ayudado a comprenderme», puede decir el misionero a sus fieles. Son los otros quienes le habrán hecho comprender que en el hombre hay algo más que lo que puede manifestar una sola cultura, aunque ésta sea occidental y cristiana.

Al acercarse a los otros, se acerca también a Dios. Dios le está llamando fuera de los límites de sus frases hechas, de sus soluciones prefabricadas, es decir, le está llamando a Sí, después de haberle hecho salir de su tierra y de la casa de sus padres. El Misterio que venía a predicar, él ya lo conocía, pero «la plena inteligencia del Misterio sólo le es dada en la comunicación con los otros».

Quién sabe, quizás oiga un día la expresión única: «Tú eres mi padre», dirigida al sacerdote extranjero. En este momento, el misionero ha sido a su vez como regenerado, ha sido adoptado como hijo en medio de un pueblo de hermanos. Pero puede ser que este momento no llegue y tendrá que seguir considerándolos como hermanos en la fe de Jesucristo.

Esta será su ascesis, una continua conversión que puede durar toda la vida.